

# Las migraciones internacionales de trabajo: algunos aspectos ideológicos del análisis económico

por L. Talha

ESTA ponencia tiene como propósito presentar algunos de los resultados de un trabajo de investigación concebido a largo plazo. Estos resultados, por el momento, se sitúan en un nivel exclusivamente metodológico —¿Por qué?—, porque es indispensable precisar, previo a cualquier análisis concreto, el método de enfoque. Los modelos neoclásicos y neokeynesianos son por el momento los modelos dominantes. De lo cual surge la necesidad de proceder a un examen crítico de los postulados e hipótesis que fundamentan estos dos “modelos”; no en calidad de “modelos” como tales, precisémoslo; sino del método neoclásico y neokeynesiano en cuanto a que éste afirma la capacidad de integrar y de explicar este fenómeno, que fue ignorado por la economía política durante mucho tiempo, o sea el de la migración internacional de trabajo.

Sin embargo, como lo veremos en esta ponencia, esta crítica limitada en su ambición desde el comienzo, va a desembocar inevitablemente en una revisión radical de la forma en la cual el pensamiento económico contemporáneo dominante se representa la historia y el

panel del proletariado contemporáneo. Es tan cierto, que toda investigación en este campo que no haga su metodología previa de una crítica de esos “modelos” neoclásico y neokeynesiano, quedará condenada al punto muerto, y que, recíprocamente, un enfoque correcto al problema de las migraciones deberá necesariamente pasar por un cambio de los fundamentos mismos de los susodichos “modelos”.

- I. Crítica del método neokeynesiano y neoclásico,
- II. Elementos para un enfoque concreto al problema.

## I. *Crítica del enfoque neokeynesiano y neoclásico*

El enfoque neokeynesiano y neoclásico en materia de análisis de las migraciones internacionales se ha manifestado recientemente por oposición y como reacción al método de enfoque anteriormente dominante, en términos de costos y de ventajas comparados. Esta oposición, sin embargo, permanece muy formal, precisémoslo enseguida. Porque, si se

reflexiona bien, el método contable no es más que el subproducto, una recaída lejana del modelo neoclásico en el sentido que éste surgió directamente de la corriente pragmatista que reina sobre la economía política oficial después del fin de la economía clásica. Sin embargo, es de buen tono en la actualidad el comenzar a lanzar el anatema sobre este método contable, de imputarle todos los males, antes de proponer su revisión. Y falta reconocer que los reproches que se le dirigen son ampliamente fundados. ¿Cuáles son ellos?

#### A) *Crítica del método del balance contable*

El método del balance contable ha inspirado varios trabajos que tenían por meta dar una evaluación comparada de costos y beneficios resultantes de la migración de los trabajadores (Ref. por ejemplo X. Zolotas, N. Scott, etc...). A pesar de las numerosas críticas que se le dirigieron a Tapinos (Tapinos hace un inventario bastante fiel en L'Economie des Migrations Internationales —La economía de las migraciones internacionales—), todavía permanece como una referencia implícita o explícita para muchos trabajos. Y *le Centre de Développement de l'OCDE*, (El centro de desarrollo de la OCDE), por no citar más que éste, recomendaba formalmente, después del *Seminario de Viena de mayo de 1974* que se usara como método de trabajo. No es pues inútil repasar, aunque brevemente, las críticas formuladas a este respecto hace cinco o seis años.

1. Puede decirse para empezar, que es un *método muy flexible* en el sentido

de que se desparrama en múltiples facetas, en varias direcciones, que son frecuentemente contradictorias.

Se presenta, en efecto, bajo la forma de un cuadro que establece un catálogo de costos por un lado, de ventajas por el otro, y que ventila los problemas en varias rúbricas y subrúbricas:

—ya sea en función de países y regiones: país de partida por un lado, país de acogida por el otro, etc.;

—ya sea en función del nivel de enfoque: microeconómico, macroeconómico, etc.;

—ya sea en función del objeto del estudio: el migrante, la empresa, etc.;

—ya sea en función de la naturaleza de los problemas considerados;

—ya sea en función del problema de orden cuantitativo (salarios, costos de formación, contribución al aumento del producto global, o a la productividad, etc.) y/o al problema de orden cualitativo (efecto sobre la relación del capital al trabajo, efecto sobre las estructuras del empleo, efecto sobre las estructuras de los precios, etc.);

—ya sea, además, en función de una periodicidad de tipo clásico: corto, medio y largo plazo;

—ya sea, finalmente, tomando en cuenta las concurrencias eventuales entre estas rúbricas diversas.

2. Los reproches que los neokeynesianos formularán a la ponencia del método contable se referirán fundamentalmente a la ineptitud de éste para captar la interdependencia de los fenómenos inherentes al sistema económico y a la incapacidad de cuantificar lo no cuantificable. Más que una crítica a los fundamentos mismos, será atacada la im-

tencia de llegar a resultados concretos y convincentes.

Aplicado a un fenómeno tan complejo como lo es la migración de trabajo, el método del balance contable no podía, en efecto, revelarse como muy fecundo. No ha conducido, según sus críticos, más que a la elaboración de un catálogo, posiblemente útil, pero incompleto y parcial, de ciertos efectos inmediatos y en resumen secundarios, sin poder nunca llegar a una explicación seria del papel económico o sea aquel de la mano de obra extranjera dentro del conjunto del sistema.

J. L. Reiffers (cf. Thèse complémentaire de Sciences Economiques. Aix-en-Provence 1970 — Tesis complementaria de ciencias económicas), estima que la “técnica de cálculo” en cuestión tomando los términos de Terny (en Analyse et Prevision IV 1967, p. 51 y sigs. — Análisis y previsión), y puesto que el campo de observación no va más allá de las decisiones o fenómenos que tienen un impacto muy limitado, está condenada a no comprender más que los efectos primarios de la inmigración; por consiguiente no podría aplicarse a las decisiones y fenómenos que modifican las grandezas macroeconómicas, los precios y las estructuras. Y nuestro autor debe preguntarse: “¿cómo sería, en efecto, posible cuantificar el efecto de una inmigración a partir del momento en que ésta permitiría que el conjunto del sistema económico funcionara más eficazmente?” Allí está, en efecto, el fondo del problema. Pero la crítica de J. L. Reiffers se detiene allí, a medio camino. Se le niega al método de los costos y ventajas comparadas toda eficiencia ope-

ratoria, todo poder eurístico, cuando se aplica al análisis de un fenómeno no marginal como lo es la migración, pero uno se cuida de denunciar el principio mismo sobre el cual está basado, a saber, la negación de la teoría del valor.

En cuanto a G. Tapinos, en *l'Economie des migrations internationales* (La economía de las migraciones internacionales), quien vuelve a tomar las críticas formuladas por Reiffers, insiste igualmente en la inadecuación fundamental del análisis costos-beneficios en el estudio de las migraciones (p. 24). Esta inadecuación fundamental se limitaría al hecho de que es muy difícil dar una definición precisa a la formulación de los objetivos y a la determinación del tiempo de vida del proyecto de investigación (sic). La prueba de esto la tenemos en que las aplicaciones efectivas del susodicho método continúan siendo extremadamente raras. El afirma que el método sigue siendo válido al tratarse de un estudio limitado, tal como lo sería el proyecto de construcción de un hogar (*foyer*), por ejemplo. Aquí tenemos que denunciar la confusión persistente, científicamente o no, entre dos tipos de crítica de naturaleza radicalmente diferente: la crítica metodológica propiamente dicha, y la apreciación del grado de eficiencia, de rentabilidad de una técnica de cálculo operacional. Confusión que, además, oculta mal los vericuetos del razonamiento o la fórmula ausente. Al respecto, las críticas de Tapinos no alcanzan a aquellas formuladas por Reiffers. Sin duda que la solución de toda una serie de problemas concretos y específicos a la inmigración, a la que desemboca, no carece totalmente de in-

terés. Así ha incitado en algunos trabajos a evaluar lo que llamamos “costos de aprendizaje” o de formación del trabajador extranjero, y de allí mismo, a estimar las economías de costos con las cuales los países usuarios se benefician. No obstante, nos queda que el método del balance, considerado dentro de su propio principio, no sobrepasa el nivel del catálogo contable; que con el pretexto de estar enfocado hacia la objetividad, este fenómeno migratorio viviente y complejo llega a fraccionarse en varias rúbricas inertes y sin lazos.

Las dificultades de cuantificar los efectos no cuantificables; la incapacidad de comprender la totalidad del fenómeno y de evaluar todas las consecuencias primarias e inducidas en el sistema económico global, son reproches que repetirá Belguendouze a su vez en el artículo intitulado: “Quelques réflexions sur la migration marocaine” (Algunas reflexiones sobre la migración marroquí). Ref. Hommes et Migrations, nº 881 de 1.IV.75 (Hombres y migraciones). Belguendouze irá, sin embargo, mucho más lejos: “el análisis de costos-beneficios”, escribe, “al integrar el problema de la migración dentro de un cuadro de análisis fundado en las nociones de interdependencia y de ventajas mutuas, llega a *ocultar las situaciones de desigualdad que marcan las relaciones entre el país de inmigración y el país de emigración*”. Tocamos, pues, un punto fundamental: el método del balance contable no es más que un camuflaje ideológico de una realidad económica y social de dominación y dependencia. Y nosotros mostraremos más adelante, que es el rechazo de tomar

como punto de partida el análisis de la teoría del valor lo que desemboca a esta extraña negación de la realidad.

3. La función ideológica de este procedimiento contable se aclara un poco más si, abandonando el punto de vista de la defensa de los intereses inmediatos del capitalismo —en el cual el procedimiento contable constituye la preocupación principal— el análisis se coloca en el punto de vista de los intereses del proletario extranjero, considerando entonces a este último no ya como un simple instrumento de producción destinado a valorizar el capital, sino como un ser humano con necesidades humanas. La balanza de costos-beneficios opera desde ese momento completamente alterada; los costos se han convertido en ganancias y los beneficios en costos.

Pero quedémonos todavía en el terreno de la técnica contable. Se sabe que la contabilidad en partida doble, dentro de su principio y de sus modalidades, y cualquiera que sea el objeto al cual se aplica, sigue siendo un procedimiento al cual es difícil concederle crédito. Y esto por dos consideraciones: la primera es que la propia forma que reviste la disposición entre las diversas rúbricas usadas favorece las manipulaciones múltiples; la segunda es que la propia operación contable queda enteramente subordinada a la información estadística oficial cuyas modalidades de difusión siempre están sumisas a las vicisitudes políticas. El resultado frecuente al cual se desemboca, tanto en un caso como en el otro, es una *supervaloración exagerada* de una rúbrica particular debido al grado de las circunstancias políticas y sociales. Es así como, para

retornar a las migraciones internacionales, el problema de los traspasos de ahorros efectuados por los trabajadores argelinos siempre estuvo rodeado de una publicidad escandalosa, con la mira no confesada de endosarle a estos trabajadores la responsabilidad de los desequilibrios aparecidos en el sector de cambio exterior, silenciando, olvidando la miseria y la explotación cotidiana, de la cual son las víctimas principales.

Se podrían multiplicar los ejemplos de esta propaganda burda. Así pues, uno está obligado a demostrar que los trabajadores extranjeros, en vista de su presupuesto de consumo, constituyen un factor que agrava las tensiones inflacionarias; o también, que su sustento y de sus familias constituyen costos sociales muy elevados para la colectividad nacional. Además, algo muy sutil: el empleo de extranjeros, los cuales se contentan muy a menudo con salarios bajos, bloquea la modernización técnica de las empresas que utilizan esta fuerza de trabajo. Uno puede continuar citando otros ejemplos. Todos terminarán por demostrar que el método del balance contable es verdaderamente un arma ideológica que tiende a endosar al proletariado extranjero las contradicciones inherentes al movimiento propio del capitalismo, y que, de la misma forma, oculta la naturaleza verdadera de estas contradicciones. El ejemplo del atraso técnico en algunas ramas es muy esclarecedor a este respecto. Al legitimar y alimentar de antemano los prejuicios latentes hacia los inmigrados por medio de una argumentación seudocientífica, el método

de costos-ventajas, se puede afirmar, contiene todos los gérmenes, todas las mentiras adecuadas para alimentar las campañas racistas y chauvinistas que, dentro de un contexto de crisis social abierto, podría emprenderse contra el proletariado extranjero.

Esto nos conduce a interrogarnos sobre el lugar y el significado de esta "técnica" dentro del marco del pensamiento económico dominante.

El análisis en términos de costos y beneficios es un aborto de la teoría neoclásica, y en este sentido, expresa vigorosamente el fracaso total de esta última.

Hay que darle al César lo que es del César; es el "manager" del gran capital americano quien recobra la patente de invención de este método. Originalmente fue una forma de cálculo mercantilista destinado a evaluar de alguna manera las posibilidades de rentabilidad del capital moneda, en una época en que los fondos iniciales depositados se tornaban cada día más importantes por su caudal y el mercado estaba tan atestado debido a la sobreproducción, que hacía falta prevenirse desde el principio contra los riesgos del fracaso.

Esta técnica contable fue, pues, directamente creada por la necesidad de que el capital financiero dominara los riesgos de una rentabilidad cada vez más incierta, del hecho de un crecimiento fantástico de la composición orgánica del capital.

Así, el "manager" americano expresa a su modo, e independientemente de su voluntad, los efectos de la ley de la elevación de la composición orgánica

del capital, las consecuencias de la ley de la baja tendencial de la tasa de ganancia y, como último análisis, los controles propios de la ley del valor. ¡Ironía de la suerte! Sigue siendo la ley del valor la que explica por qué la ideología dominante ignora la ley del valor. Y es al negar deliberadamente la ley del valor cuando se refleja mejor esta ideología dominante.

Cuando la gran moda de la teoría llamada “del capital humano” comienza a hacer furor del otro lado del Atlántico al principio de los años 50, la contabilidad del gran “manager” americano descubría un campo vasto de aplicación: el de los recursos humanos.

Cuando por su lado el experto europeo condescendió a interesarse en el caso de los trabajadores extranjeros —y no lo hizo en forma seria sino hasta los años 60, cuando la importancia relativa de la inmigración en Francia de los años 30, o en Alemania bastante antes de la primera guerra mundial, era sensiblemente igual a la de hoy en día— nuestro experto adoptó inmediatamente esta contabilidad progresista que probó su efectividad en otros lados. Porque para él, sin sombra de duda, el capital americano y el proletario argelino forman una sola y misma categoría económica; el capital financiero y el trabajo humano forman un solo y mismo concepto de donde se deriva la misma y única función: producir ganancia.

Provisto de un método comprobado, nuestro “manager” europeo, procediendo a la manera de Proudhon, de la cual Marx se burló deliciosamente al estar escribiendo *Misere de la Philo-*

*sophie* (Misericordia de la filosofía), va a emprender la redacción de un catálogo de los inconvenientes, por un lado, y de las ventajas, por el otro, de distinguir lo bueno y lo que es malo para el capital.

Una vez redactado el balance, el experto en contabilidad va a descubrir de repente que los gastos y otros costos que el trabajador causa al capital lo llevan, y muy lejos, a los beneficios que se supone deben procurarle.

Hace más de un siglo, partiendo de la teoría del valor, Marx demostró científicamente el mecanismo de la creación de la plusvalía, de la explotación del obrero. El valor de la fuerza de trabajo, y el aprovechamiento de esta fuerza de trabajo, son dos grandes diferencias. Es por eso, explica Marx, que el capitalista obtiene más valor del consumo de la fuerza de trabajo del obrero de lo que este último recibe. De otra manera, se puede decir que la mercancía fuerza de trabajo del obrero, produce más valor que el que ella consume. El capitalista se apropia de la plusvalía resultante de la diferencia.

Al calcular lo que cuesta el obrero inmigrado, por un lado, y lo que produce, por el otro, la economía burguesa realiza la hazaña de demostrarnos que el proletario extranjero cuesta más de lo que produce, que dentro de la mejor de las hipótesis produce tanto como lo que consume, y que, en todos los casos, jamás el consumo de la fuerza de trabajo por el capital engendra más valor de lo que cuesta.

El trabajador extranjero, por lo tanto, no crea más plusvalía; no es, por lo tanto, explotado por el capital. Tal es la conclusión a la cual desemboca

la ciencia económica del fin del siglo xx. Transformar el análisis científico del valor en un vulgar cálculo mercantilista, y disfrazar la realidad de la explotación por medio de miserables subterfugios contables es su última hazaña científica.

Al fraccionar la totalidad viviente y contradictoria del capital en varias rúbricas, en varios pedazos, paralizados, muertos, inertes, convertidos en cosas; al borrar la esencia misma de esta realidad que constituye las relaciones dialécticas entre los diferentes elementos, los emuladores de los neoclásicos lograron volatilizar la realidad de la dominación imperialista en las nubes del idealismo.

La epopeya del imperialismo occidental en las regiones de Africa y en otras partes, la expropiación violenta de las comunidades campesinas en el Magreb, la separación, por la espada y por el fuego, de los productores de los medios de producción, el empobrecimiento y la metamorfosis incesante de una inmensa reserva de fuerza de trabajo latente, y, finalmente, el impulso irreversible dado por las guerras imperialistas que han abierto de par en par todas las compuertas de ese depósito a punto de desbordarse; todos esos zafarranchos incesantes de las relaciones sociales bajo el efecto de las turbaciones fantásticas de las fuerzas productivas, son disueltos por la ideología dominante de una contabilidad mezquina digna de un tendero.

Se comprenderá, dentro de estas condiciones, por qué la función práctica e ideológica que le fue asignada al método del balance contable debía pare-

cer cada vez más inadaptada a las exigencias nuevas de un dominio global del sistema económico, e incapaz de dominar realmente los sobresaltos que sacuden cada vez en mayor escala este sistema.

### B. *Crítica del enfoque neokeynesiano y neoclásico. Rechazo del postulado del equilibrio*

Aunque la reacción de la corriente neokeynesiana y neoclásica contra el método del balance contable es una oposición puramente formal, sin embargo, estas primeras manifestaciones representan un gran paso adelante en la forma de plantear el problema.

1. La corriente neokeynesiana y neoclásica se propone, en efecto, comprender la oferta de trabajo extranjero no como factor marginal sino como elemento de carácter estructural plenamente integrado en el funcionamiento del sistema capitalista, tomado en su conjunto.

Es un punto de vista totalmente justificado si la representación del sistema capitalista fuera una representación conforme a la realidad contradictoria del sistema y no una representación idealizada del mismo, es decir, un sistema regido por las leyes universales del equilibrio. Porque el esquema neoclásico, al igual que el esquema neokeynesiano, se basa fundamentalmente en el postulado del equilibrio general, postulado heredado de la época fausta del marginalismo. El equilibrio es en el sistema neokeynesiano lo que la idea es en el sistema hegeliano: es la divinidad laica, la primacía ontológica.

No es necesario para nada dar aquí una demostración rigurosa para *explicar por qué y cómo el sistema se reproduciría de una manera simple o ampliada*.

Partiendo, pues, de la idea que el funcionamiento del sistema capitalista está regido por las leyes del equilibrio general y universal, nuestros teóricos constatan, sin embargo, una afluencia considerable de trabajadores extranjeros que no cesa de acrecentarse desde hace más de medio siglo. Del mismo hecho de su permanencia y de su aceleración, los flujos migratorios no pueden dejar de ser útiles, de alguna manera, al funcionamiento global del sistema. Su contribución al mantenimiento del equilibrio y al crecimiento puede, pues, ser considerada como una hipótesis más que probable que será necesario verificar.

*¿Cómo se establece el equilibrio en el sistema capitalista?*

En el sistema keynesiano —aquí resumido a ultranza— el equilibrio general resulta de tres equilibrios parciales que se establecen en los tres mercados: el de la moneda, el de los productos y el del empleo. Cada uno de estos mercados está, en efecto, regido por la ley de la oferta y la demanda que actúa de manera restauradora del equilibrio cada vez que éste se encuentre amenazado y sostenido y confortado a este respecto por la intervención activa del Estado. O si este último parece poseer —por lo menos hasta los años 60— dentro de su política los medios para actuar en el mercado de la moneda y en el mercado de los productos, en revancha y tal como lo ha confir-

mado la experiencia, éste se encuentra desarmado para proteger el equilibrio en el mercado del empleo. El Estado no podría, en efecto, hacer cambiar a su antojo el volumen de la oferta de trabajo, que según los neokeynesianos, se mantiene estrechamente sumiso a las sujeciones naturales de la reproducción humana y estrechamente gobernado por la evolución demográfica interna. De allí la necesidad, en periodo de sobreempleo, de acudir a la mano de obra extranjera cuya función, en el seno del sistema, se explica entonces fácilmente: restaurar el equilibrio en el mercado del trabajo y, por repercusión, en los dos mercados restantes y restablecer el equilibrio general dentro del conjunto del sistema económico. Tal es la visión de la teoría económica dominante.

En lo que sigue de la ponencia, dejaré a un lado la crítica del modelo de los tres mercados. Tampoco trataré la concepción de la función de la moneda ni la concepción keynesiana del papel del Estado, que sostienen este modelo. Para mostrar al desnudo la fragilidad teórica del modelo del equilibrio general hace falta analizar, y no es suficiente señalar, la futilidad de las hipótesis que sostienen el pretendido juego de la ley del equilibrio en el mercado de trabajo, aplicadas a la explicación del fenómeno migratorio.

La ley del equilibrio general aplicada al terreno del mercado del empleo supone dos principios, estando ambos fuera de la realidad y desembocando a la negación misma de todo lo que particulariza el fenómeno migratorio. En este terreno, hay que tomar nota

de inmediato, el pensamiento económico marca un retroceso muy claro en relación a la técnica del balance contable que, en revancha, por lo menos acentuaba el carácter específico del fenómeno en cuestión.

El primer principio es el de la homogeneidad que reina en el mercado del empleo. Y el segundo, es el de la penuria que reina en el periodo de "sobrempleo".

a) El modelo del equilibrio postula en efecto, para un país dado, la existencia de un mercado formal en el cual se vendería y se compraría una fuerza de trabajo profesionalmente homogénea, de una fluidez perfecta y por lo tanto perfectamente indiferenciada e intercambiable. No mencionaré las críticas a este modelo que ya fueron hechas en otro lado. Pienso sobre todo en las críticas que vienen de la sociología desarrollada en la obra de R. Ledru // La notion de chômage, PUF, 1966 (La noción del desempleo), pienso igualmente en la teoría del mercado "segmentado o del mercado dualista" que desarrolló recientemente la "economía de trabajo" anglosajona en oposición al modelo neoclásico.

Simplemente diré que cuando el pensamiento económico dominante trata de aclarar la función de la fuerza de trabajo inmigrada, con la ayuda del modelo del equilibrio, éste reduce inmediatamente al trabajador extranjero a una fuerza de trabajo totalmente descarnada, armoniosamente intercambiable y equivalente a cualquier otra fuerza de trabajo que se presenta en el mercado ya sea de origen nacional o extranjero. El modelo del equilibrio

conduce entonces a la negación brutal del mismo fenómeno de la migración, en calidad de fenómeno situado históricamente y socialmente, diferenciándose por sus características particulares (de edad, de sexo, de formación, de cultura, etc. de las otras categorías presentes en el mercado del empleo. Si, en efecto, una masa dada de trabajadores extranjeros viniera a integrarse dentro del movimiento de la oferta global de trabajo dentro de las mismas condiciones que una masa equivalente, por ejemplo: de jóvenes rurales nacionales que llegan al mercado, entonces no parecería indispensable interrogarse sobre las modificaciones plausibles de las estructuras del empleo engendradas directamente por los flujos migratorios. No habría tampoco necesidad de preguntarse si los modelos de crecimiento están en posibilidad de incorporar el papel de la mano de obra extranjera como tal. El problema, en efecto, está resuelto antes de ser expuesto, puesto que los modelos mantenidos proponen una apreciación ya formada del papel de la oferta de trabajo. Y el análisis se reduce entonces a una cuestión irrelevante del razonamiento tautológico que ni el débil recurso de la técnica econométrica logra elevar.

b) Si el papel de la mano de obra extranjera no se confundiera con el de la oferta global de fuerza de trabajo, el movimiento migratorio no podría entonces explicarse más que refiriéndose a una situación de desequilibrio en el mercado a raíz de un exceso de la demanda de trabajo con relación a la oferta inmediatamente disponible. Los partidarios de la teoría del equilibrio

no pueden entonces comprender las causas de los flujos migratorios sin recurrir inevitablemente a la noción de penuria. Esta explicación parece tanto más evidente cuando se conjunta al credo del sentido común. Y, sin embargo, no resiste ni a la lógica del razonamiento ni a la observación de los hechos.

1. La observación de los hechos revela, en efecto, que los trabajadores extranjeros, debido a su presencia masiva y perdurable, engendran una multiplicación de empleos de un tipo determinado que exige a su vez el llamado a otras hornadas de trabajadores extranjeros. ¿Cómo, entonces, explicar la llegada de estos últimos por la penuria si estando colmada por un lado y por un tiempo, ésta resurge por el otro lado, algún tiempo después? ¿No se convertiría éste en un movimiento sin fin, y no perdería, entonces, toda su significación la explicación?

Puede uno preguntárselo en efecto, y la acentuación observada de la amplitud de los flujos durante el último decenio hace suponer, en estas condiciones, un agravamiento correlativo que llega al grado del desajuste en el mercado del empleo.

Entonces, sería perfectamente admisible considerar la hipótesis de un cambio de orden casual, y el preguntarse si lejos de colmar una penuria que renace sin cesar, uno de los efectos esenciales de la inmigración no es el de engendrar y de reproducir, por decirlo así, mecánicamente, un desequilibrio constantemente creciente entre la oferta y la demanda de empleos. Pero entonces, ¿el movimiento migratorio no se expli-

caría por sí mismo? ¿Un movimiento que se sostendría por sí mismo puesto que reproduciría sin cesar y en gran escala las condiciones de su propia reproducción?

2. La misma noción de penuria, considerada por un lado como la causa estructural de la afluencia de la mano de obra extranjera, sugiere al mismo tiempo la tesis opuesta: la de una mano de obra no estructuralmente indispensable, ya que su llegada está ordenada por un desequilibrio temporal que, por definición, podría y debería estar colmado por la fuerza de trabajo no extranjera.

La penuria por lo tanto se convierte en sinónimo de substitución. Y, el modelo del equilibrio entra en contradicción consigo mismo. Partiendo de la hipótesis de que la aportación de la fuerza de trabajo extranjera es estructuralmente indispensable en función del sistema capitalista, el economismo dominante va a construir toda su demostración en la hipótesis opuesta: la de una inmigración considerada como un fenómeno temporal y como una solución provisional a una penuria accidental. Esta contradicción, que el sistema del equilibrio secreta en el seno de su propia lógica, se deriva del hecho que el postulado mismo del equilibrio excluye todo análisis de los problemas en términos cualitativos. En esta forma no puede uno concebir las nociones, tales como la de penuria, más que en el sentido absoluto y cuantitativo del término. Son inconcebibles en este modelo las situaciones caracterizadas por una penuria relativa que no tendría entonces nada en común con la mecánica aritmética de la ley de la oferta y de la demanda. La noción de penuria relativa

se dirige, por el contrario, a la noción de equilibrio cualitativo, la cual, lejos de corresponder a la del equilibrio cuantitativo, supone, por el contrario, la realización de las condiciones de un desequilibrio cuantitativo.

Dicho de otra manera, equilibrio cualitativo y desequilibrio cuantitativo son dos términos equivalentes. Y el análisis de la realidad capitalista demuestra perfectamente que las condiciones del equilibrio cuantitativo y aquellas del equilibrio en el plan de la cantidad pueden garantizar un equilibrio en el plan de la calidad, y recíprocamente.

Entonces, lo que uno interpreta muy a menudo como una situación de desequilibrio, de “desajuste” consecutivo a la aparición de un exceso de la demanda de trabajo sobre la oferta disponible, no es en realidad más que una penuria relativa de fuerza de trabajo en relación al volumen óptimo de la población obrera considerada como indispensable, en las condiciones determinadas, a los engranajes de la máquina económica. Este volumen óptimo de la población obrera, al quedar variable según las etapas del crecimiento y según la coyuntura económica y social, no significa jamás igualdad efectiva entre la oferta y la demanda de empleo. Es todo lo contrario. Significa rebase constante de la oferta de trabajo disponible con relación a la demanda. Entonces no son las sujeciones de una penuria en el seno del mercado del empleo, sino más bien la necesidad de un excedente de fuerza de trabajo la que provoca el llamado al trabajo extranjero. El funcionamiento sin trabas del aparato productivo exige, bajo el régimen capitalis-

ta, un exceso permanente de brazos, “una itinerante mano de obra”, para usar la terminología oficial.

Lo que parece ser perfectamente admisible en la práctica y en los discursos oficiales, se encuentra curiosamente proscrito en el discurso teórico. Que el capital no pueda sobrevivir y reproducirse sin que la oferta de trabajo sobrepase perpetuamente la demanda; que las condiciones óptimas de su funcionamiento reclaman, no un equilibrio, sino un desequilibrio reanudado sin cesar entre la masa de obreros disponible, por un lado, y la masa de empleos creados, por el otro, todo esto no lo puede concebir la economía dominante. No puede concebir que bajo el reinado del capitalismo, dentro de las condiciones de la propiedad privada, la existencia de una sobrepoblación relativa es tan indispensable para el crecimiento del capital como lo son el agua y el sol para la planta. Es por esto que el pensamiento económico contemporáneo se encuentra desarmado cuando trata de comprender y de explicar esta paradoja: que en una época dada y dentro de un país dado, el desempleo y la penuria coexisten y se sostienen uno al otro; cuando quiere explicar por qué el capitalismo continúa por un lado, el reclutamiento masivo de la fuerza de trabajo en las zonas más apartadas del mundo subdesarrollado, mientras que, por el otro lado, provoca el rechazo incesante fuera del circuito productivo de otras masas de trabajadores activos.

Esta paradoja no es cosa de hoy. Marx ya la había señalado en su época cuando escribió (en *El Capital*, l. I. t. III, Ed. Sociales, p. 84). “Que el

crecimiento natural de la clase obrera no sea suficiente para las necesidades de la acumulación nacional, y que rebasa sin embargo las facultades de absorción del mercado nacional, parecen implicar una contradicción, pero nacen del movimiento mismo del capital...". Marx demuestra seguidamente cómo el crecimiento mismo del capital secreta sin cesar una sobrepoblación obrera a la cual arrastra, y cómo la producción de esta sobrepoblación obrera, lejos de estar sometida al juego de la ley de la oferta y de la demanda, se convierte en el "pivote sobre el cual gira la ley de la oferta y de la demanda...". "Gracias a ella, la oferta y la demanda de trabajo", continúa Marx más adelante, "cesan de ser movimientos que parten de dos lados opuestos, el del capital y el de la fuerza obrera. El capital actúa por los dos lados a la vez. Si su acumulación aumenta la demanda de brazos, también aumenta la oferta al fabricar supernumerarios... En estas condiciones la ley de la oferta y de la demanda de trabajo consume el despotismo capitalista". Hoy en día, que la acumulación se efectúa a nivel mundial, la fabricación de supernumerarios migrantes se realiza igualmente a nivel internacional, y el despotismo capitalista se ha convertido hoy en sinónimo de dominación imperialista. Así pues, no es el mecanismo de la ley de la oferta y de la demanda el que norma el movimiento migratorio. Es todo lo contrario, es el movimiento migratorio el que condiciona el juego normal de esta ley. Hay que concluir entonces, que la problemática neoclásica y nekeynesiana se representa la realidad económica y social al revés.

c) Y desde luego no es por ceguera o por infortunio congénitos que el pensamiento económico procede de esta manera.

En el sistema de la ideología dominante, el modelo del equilibrio debe desempeñar una doble función, una activa y otra pasiva, que se podría caracterizar rápidamente a grandes rasgos: el equilibrio es esta divinidad moderna que los economistas idearon y que el Estado capitalista invoca cada vez que las contradicciones, que el capitalismo produce y reproduce, amenazan con desencadenarse. La clase obrera está entonces invitada a sacrificarse periódicamente en el altar de esta divinidad para restaurar el equilibrio del empleo, de la moneda, de la balanza comercial, etc.

Y para cuidar que esta invitación al sacrificio se entienda mejor, el capital proporciona el ejército industrial, cuyo batallón voluminoso, en nuestros días, se recluta de la inmensa reserva de las regiones subdesarrolladas. Y la ley de la oferta y de la demanda está allí para servir como coartada pseudocientífica para reforzar el "despotismo del capital".

Pero no es suficiente a la política burguesa el asegurarse una coartada ideológica. Hace falta también proporcionarle un contenido, un programa que garantice la eficiencia de la intervención del Estado dentro de la organización del sistema de la explotación. Frente a la agudización de las contradicciones y el agravamiento de los desequilibrios capitalistas, el Estado burgués siente la necesidad de recurrir una y otra vez a un ejército de reserva masivo para dominar la máquina económica de la que crecientemente y cada día, pierde el control. La

inmigración aparece entonces como el medio necesario para amortiguar las sacudidas cada vez más violentas, como un recurso indispensable y, tal vez, como el último recurso para exorcizar a la gran crisis amenazadora. Puesto que ellos representan la fracción más vulnerable de la clase obrera, los trabajadores inmigrados soportarán a fin de cuentas el peso mayor de las contradicciones inherentes al imperialismo. Es a la elaboración de este programa que se dedica el “economismo” dominante.

En resumen, el modelo del equilibrio general, aunque tuviera el mérito de hacer que la problemática de las migraciones internacionales salga del atolladero de la contabilidad en partida doble, sigue siendo esencialmente un instrumento de camuflaje en conformidad con las reglas de la ideología dominante, y esto en razón de su carácter abstracto y negador de la realidad histórica.

Ahora bien, ¿cuál es la realidad histórica actual si no la del imperialismo? Lo es en el fenómeno de las migraciones internacionales así como en todo fenómeno económico y social de la época contemporánea: su génesis, su desarrollo, su función no se pueden comprender más que dentro del contexto mundial dado por el imperialismo.

## II. *Elementos para un enfoque concreto del problema*

Es, desde luego, en el terreno del imperialismo que Lenin plantea el problema de las migraciones internacionales: “Entre las características del imperialismo que se vinculan al grupo de fenómenos de los cuales estamos hablando

(Lenin acaba de analizar los fenómenos del parasitismo económico, de la corrupción social de los estratos superiores del proletariado, del crecimiento del estrato de los rentistas, fenómenos característicos de la putrefacción general en los países occidentales. . .) es necesario mencionar la dominación de la emigración proveniente de los países imperialistas y el crecimiento de la inmigración hacia esos países de obreros venidos de los países más atrasados. . .”.

(Cuarenta años más tarde algunos demógrafos occidentales creyeron haber hecho un descubrimiento cuando subrayaron el fenómeno del cambio secular del movimiento migratorio.) ¿Cuáles serán los efectos en los países de inmigración de la época, los Estados Unidos y la Gran Bretaña? “En los Estados Unidos” —escribe Lenin— “los inmigrantes de Europa oriental y meridional ocupan los empleos peor pagados, mientras que los obreros americanos suministran la proporción más fuerte de contra maestres y de obreros que ejecutan los trabajos mejor retribuidos”. En otro texto Lenin citará igualmente el caso de Suiza: “El rasgo específico del imperialismo en Suiza es la explotación creciente de los obreros extranjeros privados de derechos por la burguesía de este país, que fundamenta esperanzas en la división entre estas dos categorías de obreros (Obras, t. 23, p. 160). Uno se dará cuenta que los problemas actualmente debatidos a propósito de las migraciones no es cosa de hoy. Y Lenin no se equivocó al hablar irónicamente de los peligros futuros que corría el imperialismo: “Si el ‘mérito’ del imperialismo es habituar al negro a trabajar (. . .),

el 'peligro' del imperialismo consiste en que Europa descargará el trabajo manual —primero el trabajo de la tierra y el de las minas, y después el trabajo industrial más pesado— sobre los hombres de color, y eso le bastará en lo que le concierne como rentista, y tal vez preparando también la emancipación económica y luego política de las razas y de los colores". Lenin, evidentemente no fue el único entre los marxistas en haber planteado el problema de las migraciones internacionales ligadas al imperialismo. Otros, como R. Luxemburgo y Bujarin habían adoptado la misma posición. Sin embargo, tal como lo veremos, sus enunciados de partida disimulan un cierto número de tesis totalmente erróneas, que encontramos todavía hoy subyacentes en los debates teóricos que tratan de las migraciones.

La posición de Bujarin primeramente, que se encontrará en la obra de "*L'économie mondiale et l'impérialisme*" (La economía mundial y el imperialismo) Ed. Anthropes, p. 31-32, cae en plena oposición a la de la tradición marxista: "Así como", escribía antes de la redacción de *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, "dentro de los límites de una economía nacional la repartición de la fuerza de trabajo entre las diversas ramas de la producción está regulada por la tasa de salario que tiende a un nivel idéntico, lo mismo, dentro del marco de la economía mundial, la nivelación de las diferentes tasas de salarios operan por medio de las migraciones.

"La reserva inmensa del Nuevo Mundo capitalista absorbe el excedente de la población de Europa y de Asia, desde los

empobrecidos campesinos rechazados por la economía rural hasta el ejército de reserva de los desempleados de la industria urbana. *Es así como, en el mundo entero, se establece una concordancia entre la oferta y la demanda de la mano de obra en la proporción deseada por el capital*". Este pasaje de Bujarin contiene por lo menos tres tesis erróneas.

1. Para comenzar, hace falta denunciar la confusión, sostenida a sabiendas, que existe entre el movimiento migratorio interno y el movimiento migratorio internacional. Este procedimiento apresurado de identificación entre dos movimientos que tienen significados económicos e históricos diferentes es un procedimiento que se encontrará frecuentemente en la actualidad en los trabajos de los demógrafos occidentales, aun entre los más serios.

La observación de los hechos contemporáneos, lo mismo que durante la vida de Bujarin (Ref. *Les debuts de l'émigration algérienne* —Los comienzos de la emigración argelina), muestra que las migraciones internacionales, lejos de constituir una simple prolongación del éxodo rural interno, marcan un paso verdadero al límite en relación a este último fenómeno y, por consiguiente, una diferenciación muy clara de forma y de significado.

Por otro lado, las dos formas migratorias, aunque proceden de una sola ley, la ley del valor —y no de la ley de la oferta y de la demanda, regresaremos a eso— mantienen relaciones que están muy lejos de ser simples. Puede uno preguntarse en particular si la migración externa no actúa como freno al mismo tiempo que como acelerador de

la migración interna. Por el lado del país usuario, la inmigración interviene como sustituto a las migraciones locales y disminuye con eso la metamorfosis de la reserva rural ya sea en su forma flotante o activa. Pero al ocupar los empleos manuales más rudos y peor retribuidos, ésta acorta para las fracciones de los jóvenes rurales que llegan a la industria, el tiempo de transición entre la forma de reserva latente y la forma aristocrática de la clase obrera. Acelera pues, el éxodo hacia la ciudad y al sector terciario.

Por el lado del país de partida, uno podría igualmente verificar si el movimiento de éxodo hacia el extranjero no ha, al principio, estabilizado la vida del campo; y después, por el contrario, impulsado las migraciones campesinas hacia las ciudades.

Al identificar las migraciones internacionales con las migraciones internas, Bujarin unió la realidad concreta de la división del mundo en regiones desigualmente desarrolladas con la de países dominantes y países dominados. Su tesis conduce a la negación del alcance histórico de las migraciones como rasgo específico de la era imperialista.

2. La segunda tesis equivocada es la que se refiere implícitamente a la teoría de los salarios para explicar los movimientos migratorios. Que la tendencia a la nivelación general de las tasas de salarios regula las migraciones internas, y que las migraciones externas contribuyen a la nivelación de las tasas de salarios, he aquí una contradicción que solamente el principio de la asignación óptima de los recursos estaría en posibi-

lidad de resolver. La visión bujariana está, de hecho, muy próxima al principio marginalista del equilibrio general. Cae, por consiguiente, bajo las críticas de Marx mismo, cuando éste reprochaba a la economía vulgar de confundir “las leyes que rigen la tasa general del salario y expresan las relaciones entre el capital colectivo y la fuerza obrera colectiva con las leyes que distribuyen la población entre las diversas esferas de inversión del capital”. (*El Capital*, op. cit., p. 81.) Así pues, Bujarin confunde no solamente las dos leyes económicas que actúan en dos niveles diferentes, sino además asimila las “oscilaciones *locales* del mercado del trabajo” a las vastas corrientes migratorias internacionales. Al hacer esto, traslada arbitrariamente en escala mundial el juego local de la ley de la oferta y de la demanda, e incorpora, por consiguiente, en este punto, la concepción neoclásica que ya habíamos denunciado anteriormente.

3. Por último, al tomar por su cuenta la explicación de las migraciones por medio del principio de “la compensación demográfica” entre zonas sobrepobladas y zonas subpobladas, Bujarin cae en los errores inherentes al razonamiento mecanicista de alguna demografía contemporánea. Desde cierto punto de vista, su posición se encuentra atrasada puesto que confundiendo en un mismo esquema la emigración de asentamiento en el Nuevo Mundo a finales del último siglo con la inmigración de trabajo que prevalece desde el principio del siglo xx, no toma en consideración el fenómeno “del cambio secular de las corrientes migratorias”. Además, este

cambio no es solamente un cambio de orientación geográfica, como quisieran hacernos creer los demógrafos. Es también y sobre todo, un cambio cualitativo que implica una modificación radical de la forma y de la naturaleza de las migraciones internacionales: el éxodo antiguo hacia América puede identificarse esencialmente con una huída ante el avance del sistema salarial europeo, mientras que la emigración actual hacia el occidente capitalista toma el sentido de un movimiento masivo de integración al régimen triunfante del asalariado, marcando así el debilitamiento sin solución de las comunidades agrarias periféricas.

Señalemos a este propósito, que R. Luxemburgo se pierde igualmente en la misma ambigüedad que Bujarin cuando polemiza con Bauer y busca ilustrar la tesis de Marx según la cual la emigración de la fuerza de trabajo “en realidad no hace más que seguir al capital que emigra”; escribe ella, “pensemos en la afluencia humana poderosa venida de Europa, en los colonos que se plantaron durante el curso del siglo XIX en América del Norte y del Sur, en África del Sur y en Australia, pensemos además en las diversas formas atenuadas de la esclavitud y en el trabajo forzado merced a los cuales el capital europeo y americano se asegura la mínima mano de obra en las colonias africanas...”

—citado por J. R. Rey en L'alliance des classes, Maspero, 1973 (La alianza de las clases).

Al confrontar el punto de vista de Lenin con el de Bujarin y accesoriamente con el de R. Luxemburgo, hemos querido mostrar que la tradición del análisis marxista comprendía en sí contradicciones y límites, y por consiguiente, hemos querido hacer notar lo que había que rechazar y lo que era necesario conservar dentro de los caminos a seguir en una investigación sugeridos por esta tradición.

Si el fenómeno de las migraciones internacionales del trabajo se integrara dentro de la problemática del imperialismo, entonces sería necesario demostrar a la vez *cómo* y *por qué* el movimiento migratorio constituye, por un lado, el producto del imperialismo y, por el otro, uno de sus recursos particulares; *cómo* y *por qué*, derivado de la dominación imperialista, contribuye al reforzamiento de esta dominación y asegura parcialmente su perennidad. Si el fenómeno del éxodo migratorio se revelara a la vez como uno de los efectos y una de las causas del imperialismo, entonces los problemas de su génesis y de su desarrollo, por un lado, y de su función, por el otro, serían colocados como referencia en un mismo marco histórico y teórico, englobando a la vez país dominante y país dominado.

@